



UNIVERSITÄTS-
BIBLIOTHEK
PADERBORN

Universitätsbibliothek Paderborn

El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha

Cervantes Saavedra, Miguel de

Madrid, 1850

Capitulo XIV. Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos.

[urn:nbn:de:hbz:466:1-48459](https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:hbz:466:1-48459)



CAPITULO XIV.

Donde se ponen los versos desesperados del difunto pastor, con otros no esperados sucesos

CANCION DE GRISÓSTOMO (1).



A que quieres, cruel, que se publique
De lengua en lengua y de una en otra gente
Del áspero rigor tuyo la fuerza,

Haré que el mismo infierno comunique
Al triste pecho mio un son doliente,
Con que el uso comun de mi voz tuerza.

Y al par de mi deseo, que se esfuerza
Á decir mi dolor y tus hazañas,
De la espantable voz irá el acento,
Y en él mezclados por mayor tormento
Pedazos de las miseras entrañas.

Escucha pues, y presta atento oido
No al concertado son, sino al ruido
Que de lo hondo de mi amargo pecho,
Llevado de un forzoso desvario,
Por gusto mio sale y tu despecho.

El rugir del leon, del lobo fiero
El temeroso aullido, el silbo horrendo
De escamosa serpiente, el espantable
Baladro (2) de algun monstruo, el agorero
Graznar de la corneja (3), y el estruendo
Del viento contrastado en mar instable:

Del ya vencido toro (4) el implacable
Bramido, y de la viuda tortolilla
El sensible arrullar, el triste canto
Del envidiado buho, con el llanto
De toda la infernal negra cuadrilla,

(1) El artificio de esta cancion admirable y singular consiste en componerse cada estancia de 16 versos, todos endecasílabos, que rimando entre sí de un modo nuevo, el penúltimo consuena con el hemistiquio del último.

Puede reputarse Cervantes por inventor de este género de canciones: á lo menos esta es diferente de las que compuso el Petrarca, que fue el primero que las escribió, ni la trae Benjifo, ni se halla otra semejante entre las de Coscan, Lope de Vega, Esteban Rodríguez, Laria de Sousa, ni Bernaldez.—P.

(2) Esto es, el rugido, los ladridos y aullidos de los endriagos, bestiglos y otros monstruos, de quienes se oyeron en el castillo espantosos baladros (*Espejo de caballerías*, p. I, c. xix).—P.

(3) Alusion al verso 18 de la égloga I de Virgilio:
Sæpè sinistra cavà ab ilice cornix.

Esto es:

Muchas veces lo pronosticó la agorera corneja desde la hendida encina.—P.

(4) En la pelea, en que disputa con otros el predominio sobre las vacas.—P.

Salgan con la doliente ánima fuera,
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla,
Para contarla pide nuevos modos.

De tanta confusion, no las arenas
Del padre Tajo oirán los tristes ecos,
Ni del famoso Betis las olivas:

Que allí se esparcirán mis duras penas
En altos riscos y en profundos huecos,
Con muerta lengua y con palabras vivas;

Ó ya en oscuros valles, ó en esquivas
Playas desnudas de contrato humano,
Ó adonde el sol jamas mostró su lumbre,
Ó entre la venenosa muchedumbre
De fieras que alimenta el Nilo llano:

Que puesto que en los páramos desiertos
Los ecos roncós de mi mal inciertos
Suenen con tu rigor tan sin segundo,
Por privilegio de mis cortos hados,
Serán llevados por el ancho mundo

Mata un desden, atierra la paciencia
Ó verdadera ó falsa una sospecha:

Matan los zelos con rigor mas fuerte;

Desconcierta la vida larga ausencia;
Contra un temor de olvido no aprovecha
Firme esperanza de dichosa suerte.

En todo hay cierta inevitable muerte:

Mas yo ¡milagro nunca visto! vivo
Zeloso, ausente, desdeñado y cierto
De las sospechas que me tienen muerto

Y en el olvido en quien mi fuego avivo,

Y entre tantos tormentos, nunca alcanza

Mi vista á ver en sombra á la esperanza:

Ni yo desesperado la procuro;

Antes por extremarme (1) en mi querella

Estar sin ella eternamente juro.

¿Puédese por ventura en un instante

Esperar y temer, ó es bien havello,

Siendo las causas del temor mas ciertas?

¿Tengo, si el duro zelo (2) está delante,

De cerrar estos ojos, si he de vello

Por mil heridas en el alma abiertas?

¿Quién no abrirá de par en par las puertas

A la desconfianza, cuando mira

Descubierto el desden y las sospechas,

¡O amarga conversion! verdades hechas,

(1) Extremarse, es lo mismo que llegar al extremo, al cabo, al último punto: verbo de poco uso pero bien formado y expresivo.—C.

(2) Zelo, este nombre ofrece una particularidad notable. Cuando significa la pasión amorosa desconfiada, como sucede en el pasaje presente, no tiene singular, decimos zelos; cuando significa cuidado, solicitud, no tiene plural. Aquí está mal usado.—C.

Y la limpia verdad vuelta en mentira?
 ¡Oh en el reino de amor fieros tiranos
 Zelos! ponedme un hierro en estas manos,
 Dame, desden, una torcida sogá:
 ¡Mas ay de mí! que con cruel vitoria
 Vuestra memoria el sufrimiento ahoga.

Yo muero en fin; y porque nunca espere
 Buen suceso en la muerte ni en la vida,
 Pertinaz estaré en mi fantasía.

Diré que va acertado el que bien quiere,
 Y que es mas libre el alma mas rendida
 A la de amor antigua tiranía.

Diré que la enemiga siempre mia
 Hermosa el alma como el cuerpo tiene,
 Y que su olvido de mi culpa nace,
 Y que en fe de los males que nos hace
 Amor su imperio en justa paz mantiene:

Y con esta opinion y un duro lazo,
 Acelerando el miserable plazo
 A que me han conducido sus desdenes,
 Ofreceré á los vientos cuerpo y alma
 Sin lauro ó palma de futuros bienes.

Tú que con tantas sinrazones muestras
 La razon que me fuerza á que la haga
 A la cansada vida que aborrezco:

Pues ya ves que te da notorias muestras
 Esta del corazon profunda llaga,
 De como alegre á tu rigor me ofrezco:

Si por dicha conoces que merezco
 Que el cielo claro de tus bellos ojos
 En mi muerte se turbe, no lo hagas,
 Que no quiero que en nada satisfagas
 Al darte de mi alma los despojos.

Antes con risa en la ocasion funesta
 Descubre que el fin mio fue tu fiesta.
 Mas gran simpleza es avisarte desto,
 Pues sé que está tu gloria conocida
 En que mi vida llegue al fin tan presto.

Venga, que es tiempo ya, del hondo abismo
 Tántalo con su sed, Sísifo venga
 Con el peso terrible de su canto.

Ticio traiga su buitres, y ansimismo
 Con su rueda Egion no se detenga,
 Ni las hermanas que trabajan tanto (1).

Y todos juntos su mortal quebranto
 Trasláden en mi pecho, y en voz haja
 (Si ya á un desesperado son debidas)
 Canten obsequias tristes, doloridas

(1) Las 50 hijas de Danao, casadas con otros tantos primos hermanos, que la noche de las bodas, por instigacion de su padre, mataron á sus maridos; menos Hypermenestra, que perdonó la vida del suyo. Por cuyo delito fueron sentenciadas en el infierno á sacar agua con mucha fatiga de la laguna Estigia con cántaros horadados, la cual volviendo á caer en ella, trabajan en vano.—P.

Al cuerpo, á quien se niegue aun la mortaja.

Y el portero infernal de los tres rostros (1),

Con otras mil quimeras y mil monstruos

Lleven el doloroso contrapunto,

Que otra pompa mejor no me parece

Que la merece un amador difunto.

Cancion desesperada, no te quejes;

Cuando mi triste compañía dejes;

Antes, pues que la causa do naciste

Con mi desdicha aumenta su ventura,

Aun en la sepultura no estes triste.

Bien les pareció á los que escuchado habian la cancion de Grisóstomo, puesto que él que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él habia oido del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela: á lo cual respondió Ambrosio, como aquel que sabía bien los mas escondidos pensamientos de su amigo: para que, señor, os satisfagais desduda es bien que sepais que cuando es-

te desdichado escribió esta cancion estaba ausente de Marcela, de quien se habia ausentado por su voluntad por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban á Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas; y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregona de la bondad de Marcela; la cual, fuera de ser cruel y un poco arrogante y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna. Así es la verdad, respondió Vivaldo; y queriendo leer otro papel de los que habia reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa vision (que tal parecía ella) que improvisamente se les ofreció á los ojos, y fue que por cima de la Peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela tan hermosa que pasaba á su fama su hermosura.



(1) El Cancerbero, perro de tres gargantas, que guardaba las puertas del infierno, según fingieron los poetas.

Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio, y los que ya estaban acostumbrados á verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio cuando con muestras de ánimo indignado le dijo: ¿vienes á ver por ventura, oh fiero basilisco destas montañas, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable á quien tu crueldad quitó la vida; ó vienes á ufanarte en las crueles hazañas de tu condición; ó á ver desde esa altura, como otro desapiadado Nero (1), el incendio de su abrasada Roma; ó á pisar arrogante este desdichado cadáver como la ingrata hija al de su padre Tarquino (2)? Dinos presto á lo que vienes, ó qué es aquello de que mas gustas, que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamas dejaron de obedecerte en vida, haré que aun él muerto te obedezcan los de todos aquellos que se llamaron sus amigos.

No vengo, oh Ambrosio, á ninguna cosa de las que has dicho, respondió Marcela, sino á volver por mí misma, y á dar á entender cuan fuera de razón van todos aquellos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así ruego á todos los que aquí estais me esteis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad á los discretos. Hizome el cielo, segun vosotros decis, hermosa, y de tal manera que sin ser poderosos á otra cosa, á que me ameis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostrais decis y aun queis que esté yo obligada á amaros. Yo conozco con el natural entendimiento que Dios me ha dado que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que por razón de ser amado esté obligado lo que es amado por hermoso á amar á quien le ama; y mas que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido cae muy mal el decir quiérote por hermosa, hasme de amar aunque sea feo. Pero puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas sin saber en cuál habrían de parar; porque siendo infinitos los sugetos hermosos, infinitos habrían de ser los deseos; y segun yo he oido decir el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué quereis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no mas de que decis que me quereis bien? Si no, decidme: ¿si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Quanto mas que habeis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo, que tal cual es el cielo me la dió de gracia sin yo pedirla ni escogella; y asi como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la muger honesta es como el fuego apartado, ó como la espada aguda, que ni él quema, ni ella corta á quien á ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso: pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y alma mas adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder á la intención de aquel que por solo su gusto con todas sus fuerzas é industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía, las claras aguas destes arroyos mis espejos, con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosuras. Fuego soy apartado, y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista he desengañado con las palabras; y si los de-

(1) Nero dice aquí el autor por Neron, que es como comunmente se dice.—Arr.

(2) Debe decir Servio Tulio, que fue padre de Tulia, y no Tarquino, que fue marido.—P.

seos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna á Grisóstomo ni á otro alguno, el fin de ninguno dellos bien se puede decir, que antes le mató su porfía que mi crueldad: y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada á corresponder á ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura, me descubrió la bondad de su intencion, le dije yo que la mia era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura: y si él con todo este desengaño quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intencion y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: mirad ahora si será razon que de su pena se me dé á mí la culpa. Quéjese el engañado, desespérese aquel á quien le faltaron las prometidas esperanzas, confiese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquel á quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aun hasta ahora no ha querido que yo ame por destino; y el pensar que tengo de amar por eleccion es excusado. Este general desengaño sirva á cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante, que si alguno por mí muriere, no muere de zeloso ni desdichado, porque quien á nadie quiere á ninguno debe dar zelos, que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco déjeme como cosa perjudicial y mala, el que me llama ingrata no me sirva, el que desconocida no me conozca, quien cruel no me siga: que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si á Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabeis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condicion, y no gusto de sujetame: ni quiero ni aborrezco á nadie: no engaño á este, ni solicito aquel, ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversacion honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene: tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es á contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma á su morada primera. Y en diciendo esto, sin querer oir respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo mas cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su discrecion como de su hermosura, á todos los que allí estaban.

Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del mamfiesto desengaño que habian oido. Lo cual visto por don Quijote, pareciéndole que allí venia bien usar de su caballería socorriendo á las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada en altas é inteligibles voces dijo: ninguna persona de cualquiera estado y condicion que sea se atreva á seguir á la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignacion mia. Ella ha mostrado con claras razones la poca ó ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser seguida y perseguida sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intencion vive. Ó ya que fuese por las amenazas de don Quijote, ó porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que á su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí, hasta que acabada la sepultura, y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña en tanto que se acababa una losa que, segun Ambrosio dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que habia de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
el misero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.

Murió á manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y dando todos el pésame á su amigo Ambrosio se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos á Sevilla, por ser lugar tan acomodado á hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen mas que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir á Sevilla hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinacion no quisieron los caminantes importunarle mas, sino tornándose á despedir de nuevo le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de que tratar así de la historia de Marcela y Grisóstomo, como de las locuras de don Quijote, el cual determinó de ir á buscar á la pastora Marcela, y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio. Mas no le avino como él pensaba, segun se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aqui fin la segunda parte.

